

CRISTO ESTÁ PRESENTE EN SU IGLESIA

¿Dónde podemos encontrar a Jesús? Es muy importante acertar con la respuesta a esta pregunta.

Por supuesto, podemos leer la Biblia. Pero no es eso lo único que puedo hacer. No se puede saber qué representa una persona para mí, solo estudiando lo que esa persona ha dicho o hecho. Se puede también hacer lo que Cristo te dice que hagas (Trabajar por los pobres, por la paz, etc.). Pero también esto es insuficiente. La única forma para conocer realmente a una persona es su compañía. Debemos encontrar la manera de entrar en contacto con Cristo personalmente.

Pensemos lo que ocurrió con Zaqueo. ¿Cuándo tuvo lugar su encuentro con Cristo? ¿Cuándo dijo 'repartiré mis bienes'? No. Esta decisión es, más bien, una consecuencia de haberse encontrado previamente con Cristo. Fue Cristo quien le dijo: 'Baja del árbol, hoy comeré contigo'. Entonces tuvo lugar el encuentro. Y solo entonces Zaqueo comprendió que no podía seguir robando.

¿No podré hacer la misma experiencia de Zaqueo, de que Cristo en persona me invita a estar con Él? La respuesta es afirmativa y el lugar del encuentro se llama: la Iglesia. Vivir la experiencia de Iglesia. Estar en la Iglesia. Porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo y la esposa de Cristo, y vivir en la Iglesia es vivir con Cristo y en Cristo.

La Iglesia es la presencia de Jesús en medio de nosotros. La Iglesia no es solamente el lugar donde se conservan sus enseñanzas, o su recuerdo. No. Ahí está él mismo. Cuando decimos Iglesia, estamos hablando de personas concretos que viven en un determinado territorio. La Iglesia es el pueblo de Dios. Al entrar en la Iglesia, por el Bautismo, nos incorporamos a Cristo. Por eso, encontrando esa comunidad, encuentro a Cristo. Desde este punto de vista, yo tengo la misma posibilidad de encontrarme con Cristo como lo hizo Zaqueo, los Apóstoles, y todos aquellos de quienes habla el Evangelio.

Pero, ¿de qué forma puedo unirme a Cristo dentro de la Iglesia? Por medio de los Sacramentos. Los sacramentos son acciones del mismo Cristo. Es Él quien se une contigo cuando te bautizas. Es Él quien te perdona cuando vas a confesarte y quien une a los novios cuando se casan. Y cuando tú celebras la Eucaristía, junto con el sacerdote, te haces presente en el acontecimiento de Cristo en la Cruz; y te alimentas del mismo Cristo. Los 20 siglos que nos separan de Cristo quedan superados. Todo lo que Cristo enseñó y realizó para la reconciliación del mundo no lo conocemos solo por lo que nos han contado, sino que lo experimentamos personalmente en el poder de los sacramentos.

No hay que imaginarse experiencias extraordinarias. Lo que sucede es que la vida comienza a ser vivida de una manera nueva. Lo que se transforma es la misma vida ordinaria. Si eres casado comienzas a amar al cónyuge con una profundidad y una intensidad que no tenías antes: has recibido un amor 100 veces más potente. Si eres novio, empiezas a ver a tu novia con una ternura, con una veneración, con un respeto que antes no sentías. Te sientes realizado como persona a través de tu trabajo, que deja de ser una carga. Es la vida misma de Cristo que te invade cada vez más íntimamente, y te cambia la vida.

Hemos descubierto así, la verdad decisiva de nuestra vida: si quieres encontrar a Cristo, debes pertenecer a la Iglesia. Pertenecer a la Iglesia significa formar parte, por la fe

y el bautismo, de aquella comunidad de hombres y mujeres en la cual, guiados por los sucesores de los Apóstoles, y participando de los sacramentos, todos somos uno en Cristo. Dios viene a nuestro encuentro mediante la Iglesia. Ella no es un obstáculo. Al contrario, sin la Iglesia, el hombre queda obligado a buscar a Dios a tientas.

Los miembros de la Iglesia cometemos errores, también sus ministros y líderes. Pero Cristo es nuestro médico y vino a sanarnos.

La fe es un acto personal, pero cada persona recibe la Palabra de Dios de la Iglesia. Es la fe del Papa, de los obispos, de los santos, de nuestros padres. La fe de la Iglesia precede a la fe de cada creyente. La fe se nos transmite a través de la Iglesia. Por eso no decimos solo 'yo creo', sino 'creemos'. La forma de vivir la fe no la inventamos nosotros. Se equivoca quien dice: 'creo en Dios o en Jesús, pero no en la Iglesia'.

El Señor Jesús fundó la Iglesia para continuar su presencia y su obra de salvación en la historia, a través de esa Iglesia que es su cuerpo. Así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo son inseparables, así Cristo y la Iglesia no se pueden separar: Constituyen un único "Cristo total": cabeza y cuerpo. La misma idea se expresa con la imagen de que la Iglesia es la Esposa de Cristo. Cristo y su Iglesia son inseparables.

La Iglesia es el redil que cobija a las ovejas de Jesús. Él nos pastorea. Y si una oveja se extravía, Él va a traerla de nuevo. La Iglesia es el Arca de Noé, donde nos salvamos de perecer por el diluvio exterior.

Así como hay un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo, un solo Cristo, así mismo uno solo es su cuerpo y una sola es su Esposa: una sola Iglesia católica y apostólica. El Señor prometió no abandonar jamás a su Iglesia (Mt 16,18: *Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará*).

Existe una continuidad histórica entre la Iglesia fundada por Cristo y la Iglesia Católica, basada en la sucesión apostólica (Los Obispos son los sucesores de los apóstoles). Esta es la única Iglesia de Cristo que Jesús confió a Pedro para que la apacentara, confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno, y la erigió para siempre como "columna y fundamento de la verdad" (1Tm 3,15).

En Jn 21,17 leemos lo que Jesús dijo a Pedro después de la Resurrección: *Por tercera vez le pregunta: 'Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?'. Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: '¿Me quieres?' y él le contestó 'Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero' Jesús le dice: 'Pastorea mis ovejas'*. A pesar de que Pedro había negado a Jesús el jueves santo, Jesús mismo lo ratifica como jefe de la iglesia. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo le asiste. Nuestros pecados no son un obstáculo para que Jesús siga haciendo su obra a través de la Iglesia.

En Mt 28,18ss leemos: *Acercándose a ellos, Jesús les dijo: 'Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos'.*